

MENSAJERO DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE LA

Cédula AGN: MX05035AHUIL

Dirección General Educativa

Torreón, México. 29-II-2012

Buzón electrónico: sergio.corona@iberotorreon.edu.mx

Página Web del C.I.H.: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>



Mensajero, “internet resources, publications, periodicals” de la UNESCO.

Ing. Héctor Acuña Nogueira, SJ. Rector de la Universidad Iberoamericana Torreón.
Mtro. Andrés Rosales Valdés.. Dirección General Educativa.
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinación del Centro de Investigaciones Históricas.

Número 159

ÍNDICE

página

Nuestras monedas “felices”	2
El Mostrador. <i>Canción de tumba</i> o el arte de ver morir.	7
Enlaces a los Libros del C. I. H.	11

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Como Cronista de Torreón, en <http://www.cronicadetorreon.blogspot.com>

Comité editorial del “*Mensajero*”: Lic. Jaime Eduardo Muñoz Vargas, Lic. Julio César Félix, Lic. Carlos Castañón Cuadros, Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Colaborador Honorario en Madrid: Brigada retirado José María Ruiz Ruiz.

NUESTRAS MONEDAS “FELICES”

Dr. Sergio Antonio Corona Páez¹

Como lo he mencionado varias veces, referir sobre el cambio es hacer historia, historiar. Nunca pensé que algún día haría un recuento de las monedas que usé en mi niñez y juventud, precisamente como un tema de historia. Pero se justifica plenamente: nuestras monedas, sus denominaciones y su poder adquisitivo han variado tanto, que el tema bien merece un artículo. Este es un tópico ignorado por los más jóvenes, particularmente por aquéllos que se perdieron el “numerito” de prestidigitación de 1993, la desaparición de tres ceros de nuestra moneda en un abrir y cerrar de ojos.



Cuando era niño, en la década de los cincuentas, solía comprar bolitas de chicle “Totito”. Estas venían envueltas en un papel transparente impreso, una especie de celofán, cuyos colores eran azul, blanco y rojo. Y claro, con la imagen al centro de “Totito”, cuya identidad jamás pude averiguar. Pero bien pudiera ser que, camino a la tienda, estanquillo o tabarete, cambiara de opinión, y me decidiera más bien por una galleta “marina”. Me llamaba mucho

¹ Maestro y doctor en Historia por la Universidad Iberoamericana México. Coordinador del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Iberoamericana Torreón; investigador y docente del mismo campus. Ensayista, Cronista Oficial de Torreón.

la atención que se le llamaran “galletas”, pues no estaba hecha a base de harina, sino de cacahuete. Era una especie de oblea rígida, color café quemado, con una cara rugosa y la otra muy lisa y brillante. Pero eso sí, una deliciosa golosina. ¿Qué tenían en común el chicle “Totito” y la galleta “Marina”? Pues el precio. Ambas costaban lo mismo, cinco centavos, “un cinco”. O sea, la vigésima parte de un peso. Durante mi niñez, las monedas de cinco centavos tenían apellido: se les llamaba “josefitas” porque en el anverso portaban el perfil de doña Josefa Ortiz de Domínguez. Las había de dos tamaños, chicas y grandes. Las chicas, que brillaban porque eran de latón, eran “las nuevas” (1970-1976) y las grandes, las “viejas” (1942-1955) estaban hechas de bronce y eran opacas.



Un refresco que me encantaba tomar era el “Squeeze” (escuís), distribuido entonces por la Coca Cola. Lo había de limón, de naranja y de manzana (al menos son los sabores que recuerdo). La botella más antigua se caracterizaba por su estructura de prismas. Las botellas más nuevas eran curvilíneas. Este refresco costaba solamente diez centavos, es decir, dos josefitas, o bien, una moneda de a diez, un “diez”. Pero ya en los cincuentas, la moneda de diez era escasa, y por lo que a mí se refería, fea. Estaba hecha de cuproníquel, y se acuñó de 1936 a 1946. No me agradaban los motivos aztecas que la adornaban.



La moneda de veinte centavos era, para los niños, la más usada, creo yo. Muchos supimos de la existencia la ciudad de los Dioses, Teotihuacán, y de su pirámide del Sol, precisamente porque aparecía representada en la moneda de veinte centavos. Veinte centavos costaba una llamada telefónica en una caseta pública. Del peculiar ruido que hacía la moneda al caer al depósito del teléfono público, surgió la expresión “caerle a uno el veinte”. Porque no era hasta que caía el “veinte”, que se establecía la comunicación (o comprensión del mensaje). En algunos barrios populares, cuando inició la transmisión televisiva en Torreón, las señoras que tenían telerreceptor cobraban un “veinte” por dejar entrar a los vecinos a conocer el “maravilloso” invento. Era como una función de cine en casa, con el “ligero” problema de que la programación era muy escasa, y el horario de transmisión, mínimo. Aún así, mucha gente pagó su “veinte” para disfrutar un rato de la “asombrosa” innovación tecnológica.

Un “veinte” costaba una pieza de pan francés o de azúcar. Lo mismo costaba lanzar la canica en las “ruletas” de los churreros. Uno no perdía nada, ya que se garantizaba un “veinte” de churro azucarado. Pero si ganaba, podía ganar un peso de churro, o más. A estos churreros se les veía siempre fuera de las escuelas y colegios. Veinte centavos costaba también abordar un “carrito” de la ruta.



La moneda que le seguía en valor al “veinte” era la muy conocida “peseta”, es decir, la moneda de veinticinco centavos. Era de color plateado, y ostentaba la balanza de la igualdad. Se usaba mucho para comprar 5 artículos de 5 centavos, o bien, uno cuyo valor total fuera ése, precisamente. En lo personal, yo no recuerdo un solo artículo de ese precio.



Por lo general, los refrescos grandes que se vendían en la Comarca Lagunera, como la Coca Cola, la Pepsi Cola, el Squirt, Jarritos, Barrilitos, Pep, Del Valle, Ginger Ale, costaban menos de cincuenta centavos, por lo que se solían pagar con un “tostón”, es decir, con la moneda de 50 centavos. Esta moneda representaba a Cuauhtémoc, y era de bronce. La Coca Cola dominaba el mercado y el gusto urbano, mientras que la Pepsi Cola era más del gusto rural,

y de las clases más populares. Yo recuerdo que era el refresco preferido de los albañiles, quienes se referían a esta bebida gaseosa (o “soda”) como “la pecsi”.



El peso podía ser metálico, o de papel, ya que durante mi infancia, el billete de un peso era de lo más común. Había una gran diferencia entre un billete nuevo y uno ya usado. El billete nuevo tenía cierta rigidez y una textura inconfundibles. Daba gusto sentir la marcada textura de los billetes de aquellas épocas, y a veces, hasta los aromas de las tintas. Pero un billete de un peso ya usado, tenía una apariencia muchas veces, lamentable. Enrollado y arrugado, sucio y fofo, daba hasta pena manejarlo. La moneda de un peso era de plata, y estuvo vigente durante mucho tiempo. Estaba adornado con la efigie de Morelos.

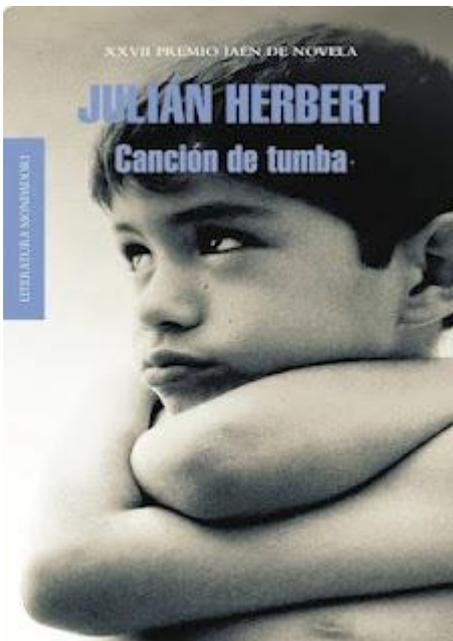


A finales de los cincuentas y principios de los sesentas, un kilo de pulpa (carne de res) costaba como dieciocho pesos, y un kilo de filete de mero, diez pesos.

Las tortillas, dos pesos cuarenta centavos el kilo. Este era el mismo precio para las cajetillas de cigarros Raleigh, que eran de las más caras.

Sin embargo, y para terminar con esta primera parte, quiero recordar que, desde 1993, cada peso actual representa mil de aquéllos de los que he estado hablando. En otras palabras, que la inflación ha sido tan avasalladora, que el valor actual de una pieza de pan, cuatro pesos, en realidad equivale a cuatro mil de aquéllos pesos. Si hubiéramos tenido entonces cuatro mil pesos, hubiésemos comprado veinte mil piezas de pan. ¿Qué le parece?

EL MOSTRADOR



CANCIÓN DE TUMBA O EL ARTE

DE VER MORIR

JAIME MUÑOZ VARGAS

En la literatura mexicana no es frecuente la bildungsroman o novela de aprendizaje, aquella narración cuya abuela más lejana quizá sea El Lazarillo de Tormes y se caracteriza por mostrarnos la o las etapas de crecimiento, de

formación, de un personaje generalmente niño o adolescente. Sospecho que en nuestro país la más famosa y la que entronca mejor con este tipo de relato es *De perfil*, de José Agustín. Otras podrán tener fama parecida, pienso por casos en *Las buenas conciencias* y en *Uno soñaba que era rey*, de Carlos Fuentes y Enrique Serna, respectivamente, pero sin duda el más logrado ejemplo de historia donde un joven nos muestra el proceso de su buena o mala (generalmente mala) educación sentimental lo hallamos en la precozmente revolucionaria novela del ondero acapulqueño.

Pues bien, una casualidad ha querido que otro acapulqueño vecindado fuera de Acapulco, el saltillense Julián Herbert, haya escrito una novela de construcción y con ella haya alcanzado hasta el momento, creo, su máxima medida como escritor. El libro al que me refiero es *Canción de tumba*, obra con la que Herbert se agenció por mayoría, en 2011, el premio Jaén de novela que determinaron, entre otros jurados, los escritores Rodrigo Fresán y Marcos Giralt Torrente.

Julián Herbert, bien conocido en La Laguna sobre todo por las huestes literarias, es autor, entre otros, de los poemarios *El nombre de esta cosa*, *La resistencia*, *Kubla Khan* y *Pastilla camaleón*; de la novela *Un mundo infiel* y del libro de cuentos *Cocaína (Manual de usuario)*; ha publicado además un buen número de libros compilatorios y antológicos, ha coordinado colecciones y ha ganado los premios nacionales Gilberto Owen, los premios nacionales de cuento Juan José Arreola y Agustín Yáñez. Parte de su obra ha sido traducida al francés, al inglés, al alemán, al portugués y al árabe. También ha sido becario en varias ocasiones, como cuando lo fue para ser miembro del Sistema Nacional de Creadores.

Un desafío enorme se impuso a Herbert al encarar el proyecto de *Canción de tumba*. El libro dice por allí, dentro y fuera del relato, que fue escrito con el apoyo de una beca. Pues con ella o sin ella, puedo decir, es un relato espinosamente difícil, pues en todo momento, sin excepción de página, sentimos el peso que representa contar una vida repleta de flecos autobiográficos trepados, no sabemos con qué secretas porciones de verdad y ficción, sobre la circunstancia vertebral del relato: la agonía de una madre en una cama de hospital y el amor/odio de un escritor que mientras ve el ocaso de

su progenitora reconstruye su pasado trashumante debido a las andanzas putañeras de quien le dio la vida.

Borges declaró alguna vez que le gustaban los relatos salpicados con detalles “circunstanciales”. Por supuesto que decir circunstanciales es mentiroso, pues las vicisitudes de un relato no ocurren por sí solas, sino que son gobernadas por el autor, se supone, conscientemente. Lo que quiso decir el argentino es que la calidad de un relato aumenta en interés cuando discurre como si nada, como marcha la vida, apiñando alrededor de nosotros millones de circunstancias menudas más o menos insignificantes. Un escritor, pues, cuando tiene verdadero olfato narrativo, elige las circunstancias y logra que, pese a que muchas pueden parecer insustanciales, vayan configurando ora la atmósfera, ora el perfil psicológico de algún personaje, ora la orientación de la trama. Herbert le metió colmillo a este asunto y nos colocó ante una circunstancia eje de suyo atractiva y tan cercana a la inverosimilitud que en todo párrafo nos mantiene atentos al qué dirá el personaje narrador que es juez y parte en esta historia: estamos ante la metaliteraria presencia de una novela multigenérica que sabe que es una novela que a su vez se está escribiendo delante de una mujer agónica cuyo pasado no es, precisamente, el más intachable desde la perspectiva de una axiología convencional. El hijo que narra sin pelos en la pluma sabe que su madre, la madre que allí está, vieja y llena de mangueritas de hospital y olor a medicamento, ejerció de puta y sin saberlo edificó (en el sentido menos moralista que este verbo pueda tener) no sólo la vida del personaje narrador, sino la novela que el personaje narrador está escribiendo dentro de la misma novela.

Sobre esto traigo un párrafo esclarecedor; aparece en la página 39, y declara con desgarradora belleza lo que creo es una condensación en diez renglones de toda Canción de tumba, de su sentido y hasta de su método: “Escribo para transformar lo perceptible. Escribo para entonar el sufrimiento. Pero también escribo para hacer menos incómodo y grosero este sillón de hospital. Para ser un hombre habitable (aunque sea por fantasmas) y, por ende, transitable: alguien útil a mamá. Mientras no esté abatido podré salir, negociar amistades, pedir que me hablen claro, comprar en la farmacia y contar bien el vuelto. Mientras pueda teclear podré darle forma a lo que desconozco y, así, ser más hombre. Porque escribo para volver al cuerpo de ella: escribo para

volver a un idioma del que nací (...) Quiero aprender a mirarla morir. No aquí: en un reflejo de tinta negra...”.

En ese trance, el trance de quien ve morir a la persona más importante de su vida para bien y para mal, nuestro narrador engarza mil y una peripecias que poco a poco, de exabrupto en exabrupto, de mierda en mierda, de heroicidad en heroicidad, configuran un relato que si no fuera porque la posmodernidad ha desacreditado esta palabra, me atrevería a llamar conmovedor, humano, profundamente humano pese a su cáscara en apariencia cruel, inmoral, despiadada. Pero es lo contrario: Canción de tumba es una canción a la vida, a la formación en la vida, pese a que ella sea por lo regular, casi sin excepción, pus y dolor.

Canción de tumba, Julián Herbert, Mondadori, México, 2012, 206 pp. Texto leído en la presentación de Canción de tumba organizada por la Secretaría de Cultura de Coahuila y el Teatro Isauro Martínez, cuya Galería fue sede de esta actividad. La presentación fue celebrada el 23 de febrero de 2012 y en ella participé junto al autor.

LIBROS DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

- 1.- [Una disputa vitivinícola en Parras \(1679\)](#). Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.
 - 2.- [Censo y estadística de Parras \(1825\)](#). Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.
 - 3.- [Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII](#) Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.
 - 4.- [Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII](#). Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
 - 5.- [Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango \(1761-1819\)](#). Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
 - 6.- [Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale](#). Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
 - 7.- [Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII](#). Sergio Antonio Corona Páez
 - 8.- [La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multacentenaria](#). Sergio Antonio Corona Páez.
- En existencia sobre soporte de papel, sin enlace:**
- 9.- **Apuntes sobre la educación jesuita en La Laguna: 1594-2007.** Sergio Antonio Corona Páez
 - 10.- **Padrón y antecedentes étnicos del Rancho de Matamoros, Coahuila, en 1848.** Sergio Antonio Corona Páez.